

se esfuerzan en no ser entendidos ni en entenderse á sí mismos.

Para ellos, la naturaleza, sola maestra de la verdadera elocuencia, habla con demasiada trivialidad, y así oportuno juzgan elevarse sobre ella, diciendo todo de un modo altisonante y esmerado en demasia; con ideas brillantes y filosóficas; escogiendo los términos mas esquisitos y tal vez los mas estraños; anegando en frases deslumbrantes lo que de un modo llano hubieran dicho Massillon ó Segneri; oprimiendo cada idea, por pequeña que en sí sea, con un peso insoportable de epítetos y figuras; apostrofando á menudo é intempestivamente; prodigando descripciones lujosas y frondosas enumeraciones; meciéndose continuamente en períodos largos y campanudos; hablando siempre de cosas abstractas y trascendentales, en un lenguaje fofó, hinchado, sin dignar descender á la práctica lo que vulgar parece á esos sublimes oradores y al culto gremio á que se dirigen. Naturaleza, órden, perspicuidad, unción, son dotes que no pueden hallar cabida en oradores semejantes.

¿Cómo podría bajar un estilo tan elevado á tratar de los humildes asuntos que forman el fondo de la predicación evangélica? Para predicar con admiración y fruto en las ciudades y palacios, conviene elevarse sobre la multitud de oradores ordinarios, no solo con el estilo, sino con lo selecto de los argumentos; y, en consecuencia hay predicadores cuyo fondo deriva esclusivamente de la mas ardua polémica, de la metafísica y aun de la política, para poder emitir de este modo ideas filosóficas y hacer alarde de erudición profana. A lo peregrino de los argumentos, que exigen títulos nuevos y sin armonía con el sagrado púlpito, suceden exordios entusiastas y

pomposos, que desde luego acusan el descomedimiento y soberbia del orador. Apenas acaba de hervir el exordio, empiezan las proposiciones oscuras, enigmáticas, capciosas, llenas de hinchazón y de hipérbole, para dar así un aire de esplendor al discurso. Gran locura juvenil arguye, ó, cuando menos un gusto pésimo, el ir en pos de divisiones afectadas y curiosas que á menudo parecen paradoxas. Lo demás del sermón presenta la misma tirantez de estilo, con la misma pompa de ideas metafísicas, teorías apologéticas, descripciones anatómicas y geográficas, sofistería y estravagancia de una fantasía exaltada. Los pocos argumentos y las pocas pruebas que pueden dar, se hallan anegados y sumergidos en un oceano de palabras, en términos que, en último análisis, no se sabe lo que concluyen. La parte moral y patética, que son las principales calidades de la predicación evangélica, se hallan desterradas de los sermones de estos doctos personajes, como cosas vulgares, é igualmente la erudición eclesiástica que juzgan demasiado llana y ordinaria, al paso que la profana campea y brilla. Así se oye citar á Platon, Aristóteles, Montesquieu, mas frecuentemente que san Pablo, san Juan Crisóstomo, san Agustin. Lejos de ablandar el corazón con la unción y palabra de Jesucristo, aturden al auditorio con la nomenclatura bárbara de todos los númenes del politeísmo y demás falsas religiones, de todos los legisladores, de todos los grandes personajes de la antigüedad, escuelas filosóficas, hereges, incrédulos célebres, naciones desconocidas. El auditorio atónito arquea las cejas, mas nadie se da golpes de pecho ni piensa en confesarse.

ART. XI.

Gran defecto es la falta de zelo, y origen de la mala predicacion.

Generalmente se acusa al mal gusto y á la insuficiencia de estudios, mas la causa principal del poco fruto de la predicacion debe atribuirse al poco zelo de los predicadores. En efecto, hay muchos que á la predicacion se dedican por ambicion ó interes, no teniendo mas mira que los aplausos que con ansia apetecen, sin que esto obste á que igualmente codicien las diversiones, el provecho pecuniario, los honores y los empleos que pueden resultarle mediante el ministerio de la predicacion, que consideran no como un ministerio santo, sino como un oficio. La verdad que á los demas enseñan poco la practican, y poco les importa la edificacion de los fieles, que temen entristecer y desazonar declamando contra el vicio, y parecen que no quieren por ningun titulo perder su reputacion de orador afable y cortés. Su objeto no es despertar las almas que duermen en el cieno del vicio, ni difundir la luz en las clases ignorantes que son cabalmente las que mas la han de menester, sino gustar á las personas cultas, sobre todo á tal ó tal personage importante, ó á tal ó tal dama que está á la moda, cuyas decisiones son escuchadas como oráculos, y que tal vez aplaude sin haber comprendido mas que la plebe y sin mas fruto. Y aun hay predicadores que blasonan y se precian de no ser comprendidos del pueblo como de un titulo meritorio, avergonzándose si lo que dicen está al alcance de las personas desprovistas de instruccion. ¡Qué compasion! Al oirlos pronunciar ciertos discursos

ininteligibles, y al mismo tiempo insignificantes, se creeria que hablan á una audiencia aerea é invisible con un lenguaje igualmente aereo: *Eritis enim in aera loquentes* (Corint., 1, 14. 9). Y, como ni por lo afectuoso, ni por la oracion, tienen comunicacion con el pueblo, permanece este frio é inanimado bajo los rayos de esos soles de elocuencia que escuchan tal vez con atencion, á causa de su pantomima y fama que tienen, y de ningun modo porque se penetren de lo que oyen. Tal es la predicacion sin fruto, tal es la predicacion sin zelo. Algunas florecillas de retórica y dignas cuando mas de un humanista y no de un orador cristiano, y, fuera de esto, falta completa de jugo, é incapacidad de instruir y conmover. ¿Y porqué? Porque el predicador puede tener ingenio, mas no zelo; cierta imaginacion, mas ningun ardor de promover la gloria de Dios y ganar almas al cielo.

El zelo es el alma de la predicacion, y el único objeto de la predicacion evangelica debe ser la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo, lo cual solo lo alcanza el zelo, de modo que no puede darse una predicacion buena y sólida sin esta virtud. Animado de un santo entusiasmo, se penetra el predicador de la grandeza de su ministerio, inflama los corazones, enardece los espíritus, estirpa los vicios, esparce la gloria de Dios, y encamina al cielo las almas rescatadas con la sangre de Cristo. Lleno de esta idea, arde el orador cristiano en la verdad que debe anunciar, conoce toda la importancia de los argumentos que trata, se ocupa únicamente de su intento, y escribe y habla para persuadir y conmover á sus oyentes. El zelo suple al talento y al ingenio, un entusiasmo sagrado inspira sus sermones, el corazon y la naturaleza

hablan, no la imaginacion, y la elocuencia brota sin ser buscada. El estudio da los materiales, el ingenio halla y dispone los conceptos, el zelo tan solo da la elocuencia. El zelo es el Apolo y la musa de la elocuencia sagrada.

ART. XII.

Desengañarse deben los predicadores que aprecian su mérito en razon directa de los aplausos y del concurso de sus oyentes.

Una preocupacion que pierde á mas de un predicador desprovisto de una idea adecuada de la oratoria cristiana, es la de creer y complacerse en los aplausos del auditorio, pues la razon y la esperiencia nos prueban que la multitud no arguye siempre mérito de parte del orador, notándose que acude el público á menudo y con preferencia á escuchar los predicadores brillantes, ligeros, que se distinguen por el porte, la pronunciacion, la memoria, lo florido de la palabra, ú otros dotes análogos personales y superficiales de esteril elegancia. Tal es lo que principalmente se observa en las ciudades, si bien es preciso confesar que en ellos habitan siempre personas que conocen á fondo la elocuencia sagrada, y versadas en la buena disciplina, sabiendo comprender y apreciar el mérito y la sustancia con las reglas del buen gusto y del sano juicio. Pero estas tales, es necesario tambien confesarlo, pocas son; y la que impone su opinion y confiere la nombradía es la multitud; la cual en las ciudades (por mas que á muchos parezca una paradoja), juzga en general con menos rectitud que un buen cristiano de aldea; pues compónese esta multitud ó parte dominante, en gran parte de mugeres, que forman prosélitos con sus

apreciaciones; como igualmente de jóvenes y caballeros que creen saberlo todo, y de mercaderes y menestrales que tienen pretension de cultura. Mas todas estas personas no son las mas aptas para sentir y juzgar con rectitud la palabra evangélica: primeramente porque no es suficientemente dócil, y en consecuencia no puede gustar en la humildad del corazon las verdaderas gracias y las impresiones espirituales de la predicacion evangélica, segun el espíritu de Dios y el zelo por las almas; en segunda lugar porque, desprovista en general de ingenio y de nociones de sana elocuencia, solo posee un tinte escaso, un caracter superficial de media cultura, lo cual solo sirve para fomentar su presuncion y mal gusto por una dición defectuosa; y de todo esto resulta que el auditorio se inclina y apetece los predicadores vanos y brillantes, mas bien que los sólidos y profundos que tratan con fuerza y simplicidad la moral de Jesucristo. Tales como aquellos de que habla el apóstol: *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus, et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur* (Timot., 4, 3).

Mas lejos de mi la idea de dudar del valor de algunos pocos oradores escelentes, que generalmente gustan y son aplaudidos. Todos mis conatos se dirigen á desengañar los que se dejan arrastrar por el prestigio de los aplausos, que en si encubren un vano orgullo contrario al espíritu apostólico, é impiden así los frutos de la predicacion evangélica. Cuando se trataba de predicadores ruidosos y afamados, preguntaba al momento san Francisco de Sales: *¿ Cuantas personas ha convertido? No hagais caso de aplausos populares pues son frioleras y son proferidos por personas de poco juicio.*

ART. XIII.

De la vana ambicion de los predicadores.

En boca de muchos, la palabra de Dios no es instrumento de zelo, sino de vana ambicion. El porte soberbio y afectado con que se presentan; los discursos que pronuncian revestidos de un falso esplendor, al mismo tiempo que vacíos de caridad y fuerza apostólica, acusan un espíritu vano y ligero, que ansia los aplausos y no la conversion de pecadores. La verdadera gloria no consiste en la aprobacion de un público que aplaude sin hallarse conmovido, y los verdaderos aplausos que buscar debemos son los gemidos y conversion de corazones: *Docente te in ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrimæ auditorum laudes tue sunt* (Hieron. *epist.* 34), como escribia san Gerónimo. Este género de aplausos es siempre justo y sincero, y de otro modo siempre serán sospechosos. Que vuestros conatos se dirijan á la destruccion del pecado, sin pensar en la fama, y os resultará la gloria del mundo y la del cielo.

La ambicion puede penetrar en los ánimos de los predicadores mas sólidos y de los mas fructuosos misioneros. A la vista de un pueblo favorable y conmovido, que se deshace en lágrimas, y que presto se halla á proferir el elogio del Evangelio: *Dichoso el vientre que te llevó*, no puede menos de complacerse el corazón del orador cristiano, y, si no reprime esos movimientos de satisfaccion interior, no tardará la vanidad en empañar su mérito real. La vana complacencia es el mas temible enemigo del predicador, que debe esforzarse en no tener

mas objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y él que de otro modo obra, se predica á si mismo y no á Jesucristo. Él que habla para adquirir fama y concepto, es un sacrilego, pues hay sacrilegio en servirse de la palabra de Dios para un fin mundano. ¡O hermanos míos! Guardémonos de abusar de tan santo ministerio, guardémonos de emplear los dones que nos depara el Señor, para promover nuestra honra en vez de la de Dios, no sea que lleguemos á ser como ese pueblo que del oro y plata que habia recibido llegó á fabricar un idolo: *Argentum et aurum multiplicavi eis, quæ fecerunt Baal* (Osea., 2, 8). Vuestro talento de Dios es don, mas aun mas lo es el efecto que producís; y, aun cuando fueseis un apóstol, y el mayor de todos, deberiais decir como esos santos varones: ni él que planta es algo, ni él que riega, sino Dios que da el crecimiento, que planta con el que planta, que riega con el que riega, y que solo da fruto é incremento á los afanes y fatigas de uno y otro (*Corint.* 1, c. 3, 7).

*Que el que se glorifique, se glorifique en el Señor* (Isai., 47, 11), y le atribuya toda la gloria del bien que con su gracia opera. Tal es la única cosa que se guarda Dios en todas nuestras buenas obras, cuyo provecho nos deja, reservándose para sí la gloria; y así protesta y nos asegura por la boca de su profeta (*Corint.* 1, c. 10, 17), que no dará á otro su gloria; y si castigan los hombres los ladrones que despojan á otros de sus bienes legítimos, con mayor rigor castigará Dios á los ladrones de su honra, pues suyo es todo honor, suya toda gloria, y nada podemos atribuirnos sin ultrajar la Magestad divina de quien todo lo recibimos. Lo que por Dios operamos, si pensamos con sensatez, no debe sernos estímulo de vana

gloria, sino de humildad, pues, como dice san Gregorio, venderemos á vil precio nuestras fatigas si nos contentamos con los estériles encomios de los hombres, mientras que hay un remunerador infinitamente generoso en cuyas manos debemos depositar todos nuestros trabajos y nuestros afanes.

ART. XIV.

Manera llana y digna que conviene á la predicacion evangélica.

Para la predicacion evangélica, hay un modo, ó, si se quiere, un estilo noble á la vez y sencillo, que debe agradar en todos tiempos y lugares. Entre los sermones que deben ser predicados en las aldeas, y los que deben serlo en las ciudades, alguna diferencia debe haber seguramente, mas para la masa de los oyentes poca diferencia cabe, pues, salvo algunas alusiones y rasgos relativos á las costumbres, que no son iguales en las ciudades y lugares campestres, un sermón sensato y apostólicamente compuesto, debe distinguirse por una elegancia sobria y una claridad suficiente para ser comprendido y gustado por los aldeanos á la vez y los ciudadanos. La claridad en nada perjudica á la dignidad. Los inteligentes en materia de estilo saben que sus primeros y principales requisitos son la sencillez, la claridad, la economía, la facilidad en todo género; y estos distintivos convienen sobre todo á la elocuencia cristiana, en la que la solidez del estilo debe corresponder á la gravedad de las máximas. Los padres de la sagrada elocuencia, lejos de anunciar el Evangelio con el lenguaje enfático de la humana sabiduría, juzgaron siem-

pre que el estilo estudiado y pomposo arguye corrupcion de la verdad, enervacion de la cruz de Jesucristo, signo de duda en su accion, y recurso á una fuerza agena.

Los discursos de los mayores oradores sagrados, y aun profanos, tienen el estilo de la naturaleza que se halla al alcance de todos. Las homilias de san Juan Crisóstomo, ó á lo menos su estilo, harian en nuestras parroquias la misma impresion que causaron en los grandes auditorios de Antioquia y Constantinopla. Solo en la mente de aquellos que carecen de verdadero estilo, cabe la idea de un lenguaje altisonante y superior á la comprension de la mayor parte del auditorio, idea que solo cuadra á algunos oradores jóvenes, ufanos de si mismos y desprovistos de sensatez. « Hay gran diferencia, dice « un autor antiguo (el autor de la obra *De Vita con- templ.*, lib. 1, c. 24), entre un orador profano y un « verdadero predicador. El primero procura proferir un « discurso limado y lleno de falsa elegancia; el segundo « busca tan solo la gloria de Dios con un lenguaje sencillo y sobrio. El orador profano dice cosas pequeñas « en términos capciosos; el verdadero predicador trata « de verdades admirables con palabras llanas y sin afectacion. Aquel busca con ansia la aprobacion de los « hombres; este solo aspira á la bendicion del Señor. « Uno busca aplausos porque tal es el pago de las cosas « lindas que despacha, y por las cuales ningun otro provecho le resulta; el otro, con naturalidad y sin artificio ni ornato parásito, enseña, conmueve y convierte. »

¿ Quien puede hesitar en la eleccion de uno ú otro de estos géneros? Jóvenes predicadores que os pagais de una declamacion superficial y de frases pomposas, lejos

estais del verdadero y buen estilo, como de las miras de la predicacion evangélica. Escribid como se habla, ateneos á la naturaleza, decid cosas grandes con palabras sencillas, observad los pensamientos y no los epítetos, no perdais de vista el objeto de la oratoria cristiana, escribid movidos por el zelo de la conversion de pecadores, invocad al espíritu divino al principio y durante vuestra composicion, no olvideis que cuenta estrecha os será pedida por el modo con que predicareis, y acordados de lo que decia san Francisco de Sales, que el predicador que solo posee abundancia de hojas, esto es, de palabras y pensamientos peregrinos, corre riesgo de hallarse en el número de esos árboles estériles é infructuosos que el Evangelio amenaza de ser cortados y arrojados al fuego. *Os he escogido*, decia el Señor á sus apóstoles, *para que deis fruto, y para que vuestro fruto sea duradero* (Joann., 15, 16).

ART. XV.

Importa que los predicadores se formen é inspiren una bella idea de Dios.

Tambien es defecto del ministerio de la palabra divina, el dar de Dios una idea menos propia, menos bella, en una palabra, menos digna. Ciertos párrocos y predicadores poco discretos y esclarecidos, hablan á menudo de la divinidad con un tono tan impropio y tan espantoso, que, en lugar de hacerla amar, la representan como enemiga implacable y amenazadora de la raza humana. Continuamente hablan de su ira, de sus castigos, como si fuese Dios el destructor y no el salvador de las naciones, y no cesan de amedrentar los mas piado-

sos oyentes con las sentencias terribles del abandono de Dios que describen como el Dios de Sinai y no del Calvario. Tal vez es mas fácil manejar el pincel de Miguel Angel que el de Rafael; tal vez menos cuestan las lineas y tintes atrevidos que los delicados, y es mas accesible lo sañudo y amenazador que lo patético y lo tierno.

No admite duda que ciertos destellos de predicacion robusta útiles son á veces, y aun necesarios para sacudir á los pecadores pertinaces, y efectivamente el rayo y la venganza de Dios los amenaza; mas no debe dominar este tinte á menudo en la predicacion evangélica, ó, á lo menos, no debe mugir esta tempestad, sin que suceda presto el cielo sereno, esto es, los motivos de misericordia, pues el Señor *se acuerda de su misericordia en el furor de su ira* (Habac., 3, 2).

Intérpretes de la magestad del Altísimo, importa que todos los pastores y predicadores se formen una idea adecuada de Dios en la escuela del Nuevo Testamento, que es la del amor y de la dulzura, de preferencia á la escuela de los profetas que hablaban á un pueblo duro de cerviz y material, que tan solo movian las promesas de los bienes temporales y las amenazas de los males de este mundo. Tampoco conviene un lenguaje halagüeño que contemporiza en lugar de aterrar los desórdenes, como deseaban los hombres del profeta Isaías: *Loquimini nobis placentia* (Isai., 30, 10); mas, sin dejar de proferir con dignidad, y en su debido tiempo, amenazas contra el vicio, y anunciar el terror de los juicios del Señor, la predicacion cristiana debe conducir los hombres á Dios por la via del amor y la esperanza, repitiendo con el salmista: *Gustad y ved cuan dulce es el Señor* (Psalm. 118, 85), pues nuestro Dios es un Dios infini-

tamente amable, é inspira el deseo de su amor á los que escuchan su palabra llena de una admirable suavidad.

ART. XVI.

Sentimientos que debemos tener de Dios sacados de los libros santos.

*Tened buenos sentimientos del Señor*, nos dice el sabio (*Sapient.*, 1, 1); tened sentimientos adecuados á su bondad y á su grandeza. Su esencia es tan perfecta, tan incomprendible, que todo el universo, la fecundidad de la tierra, la luz del sol, la belleza de los astros, todas las maravillas del cielo, y todas las gerarquias celestiales juntas, apenas son imágenes oscuras y débiles trazas de su esplendor. Los sagrados cánticos no hallan términos para espresar sus alabanzas y su gloria, y así se esfuerzan en exaltar á Dios diciendo que es *superlaudable* y *superglorioso*, esto es, superior á todo elogio, superior á toda gloria. El Señor es nuestro padre, el socorro de los huérfanos, el pastor de sus pueblos á los cuales ama, dice el profeta (*Isai.*, 49, 15), con la ternura de una madre, y ¿cómo podrá dejar de tener cariño una madre por el fruto de sus entrañas? Pero aun cuando una madre llegase á olvidar y abandonar á su propio hijo, es imposible que se olvide Dios de nosotros. El Señor juzga á los hombres no por los errores en que puede haber caído, sino por su humilde conversión. ¡Cuanto reconocimiento debemos tenerle por la dilacion que nos concede para hacer penitencia! No, no quiere el Señor a muerte del impío, sino que se convierta y viva de la vida de los justos.

Debemos temer su omnipotencia, y amar su miseri-

cordia. Su mirada se halla continuamente fija en nosotros. Juez supremo de la tierra, sus juicios siempre son justos, si bien ocultos á la flaqueza del entendimiento humano. En nuestros momentos de alegría, debemos mirarlo como padre que nos acaricia, y en nuestros momentos de tribulacion como padre que nos corrige; mas, de uno ú otro modo, debemos estar persuadidos que nos trata como á hijos á quienes prepara y conserva la celestial herencia, y que si, con penas temporales, castiga culpas ligeras, recompensará eternamente la verdadera piedad. Todos los acontecimientos los ordena y dispone para su gloria y bien de sus elegidos, á los cuales, si abandonar parece, es para que recurran á su divino padre. Así debemos humillarnos ante la Magestad divina, sin pretender penetrar en la profundidad de su providencia, y comprender los secretos de sus juicios.

Nunca permite el Señor los males sino para un bien mayor. A su bondad deben los justos sus santas inspiraciones, al mismo tiempo que los malos pensamientos y obras de los impios, si bien opuestos á su voluntad, concurren al orden de su providencia y sabiduría. Todo lo que en esta tierra tiene lugar, Dios lo hace, y así debemos adorarlo en todos tiempos y lugares, sean los que fueren los acontecimientos, diciendo: Dios lo quiere así. No hay devocion mas sublime, pues eleva al alma sobre el infierno, la tierra, el tiempo, los ángeles, el mismo cielo, para hacerla entrar en el santuario de Dios, en que halla una paz estable en la inmutabilidad de los eternos decretos.

El modo de tributar nuestras alabanzas al Señor, consiste en reconocer su grandeza infinita, y el precio inestimable de sus divinos dones. Entre lo que exige de

nosotros la bondad de Dios y lo que podría exigir su justicia, no hay proporcion. Abismo de bondad y misericordia, el Señor amenaza para que desarme su ira la penitencia, y para que nuestro arrepentimiento nos libre del castigo de nuestros pecados. En consideracion de algunos pocos justos, concede frecuentemente el bien eterno á muchos impíos, y su misericordia se esparce en los vivos en consideracion de la virtud de los muertos. El que es bueno lo debe á la gracia divina, el malvado es tal por sí mismo. Las delicias del Señor es hallarse con los hombres. Su propio Hijo nos entregó, y permitió que muriese por nosotros, para rescatarnos de la esclavitud del pecado; y ¿qué mas pudo habernos dado? Este divino Hijo es la misma caridad de Dios: consuela la muger adúltera, perdona sus pecados á Magdalena, abraza al hijo pródigo, busca amoroso la oveja descarriada, remite la deuda de diez mil talentos á su siervo, y espira en una cruz por nuestro amor. ¡Ay! nunca debieran apartarse nuestros ojos de un Dios crucificado, de un Dios redentor, que, por nuestro amor, quiso volverse nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro mediador.

*Dulce y recto es el Señor, y dará á los que pecan la ley que deben seguir en la via (Psalm., 24, 8).* A los mansos dirigirá en la justicia, á los humildes enseñará sus sendas. Las sendas del Señor son la misericordia y la verdad. La sagrada Escritura nos muestra á Dios bajo el doble aspecto de su bondad y de su justicia, de su verdad y de su misericordia, lo que indujo á decir al santo rey que el Señor está lleno de dulzura y de rectitud, y que todas sus vias son misericordia y verdad. Su bondad se esparce en los pecadores, mas sin perjudicar á su verdad. Todo arreglado está con la admirable eco-

nomia de misericordia y justicia que ejerce Dios diversamente en los hombres.

ART. XVII.

De los libros para componer nuestros sermones.

El buen modo de predicar depende en gran parte de los libros de que hacemos uso. Si nuestro intento es conocer el estilo, el modo de proceder, la maestria de inventar y manejar los varios argumentos, podemos leer por algun tiempo algunos selectos predicadores que pocos deben ser, é importa guardarse de leer muchos. Mas cuando se trata de urdir y escribir nuestro sermón, todos, bien ó mal, queremos ser originales. Entonces importa escoger buenos libros, con discernimiento y sin aglomeracion confusa.

Un docto comentario de la sagrada Biblia, el Sacy, ó el A. Lape, nos presentan en el índice ó tabla de materias, de un modo breve y sinóptico, lo que mas al intento contienen las divinas escrituras y los santos padres, de que provecho saca el mismo comentario. Tambien el *Thesaurus biblicus* de Mertz me abre en cada argumento un manantial de riquezas escriturales. Una *Bibliotheca concionatoria*, particularmente la de Houdry, suministra todo género de erudicion sagrada y de doctrina teológica, moral y ascética. Para adaptar al argumento las ideas doctrinales, al mismo tiempo que para esplayarlas, son importantes un teólogo dogmático, el Gazzaniga ó el Tourneli, y otro moral, el Catecismo de Pouget. En fin los mas escelentes ascéticos, como san Gregorio, san Francisco de Sales, el Ejercicio de la perfeccion de Rodriguez, los Tratados de Fray Luis de Granada, los Ejercicios